

Miko un niño kawésqar

Entre muchos canales e islas, vivían como tantas familias canoeras los kawésqar. Entre ellos, Tenka y Feke que esperaban con ansias a su primer hijo. Ya habían construido su choza que tenía forma ovalada y que habían cubierto con cueros de lobo marino, cortezas y follaje para poder desarmar cuando se tuvieran que trasladar a otro lugar en canoa.

Feke era muy buen pescador y Tenka una excelente buceadora que ayudaba con la recolección de mariscos que ella misma guardaba en una cesta hecha de juncos. Ambos esperaban con ansias a su primer hijo que vino a nacer en pleno equinoccio de invierno. A pesar del frío, a los niños solo los vestían con cueros después de los doce años, antes permanecían desnudos.

Su nombre era Miko, un bebe regordete y hambriento que pasaba colgado al pecho de su madre. Creció muy rápido como también aprendió ágilmente todo lo que los hombres de su tribu realizaban a diario para subsistir. A pesar de su baja estatura y su robusto cuerpo de kawésqar, con tronco grueso y piernas cortas, subía por los acantilados con mucha agilidad en busca de nidos de cormorán para extraer los huevos y aportar con la alimentación. Se bañaba en agua helada incluso en el invierno. Como todos los de su tribu era muy resistente al frío, al igual que su mamá que muchas veces tenía que romper el hielo para poder bucear.

A los 15 años su papá le enseñó a confeccionar su primer arpón hecho con punta de hueso de ballena, el que tendría que usar en su primera cacería, que por cierto fue muy exitosa. Se sentía muy feliz por haber logrado cazar un gran lobo marino junto a su padre. Tras esta gran hazaña, Tenka y Feke se sentían muy orgullosos de su hijo. Al mirar su abundante melena negra y sus gruesas manos y dedos se dieron cuenta de que su hijo se había convertido en todo un hombre más de la tribu kawésqar.

Borja Maximiliano Oyarzún Cid